

UN VIAJE SORPRESA



**María Jesús Chacón Huertas
Carmen Ramos**

Este libro se ha realizado gracias al patrocinio de GSK



© 2022

Autora: María Jesús Chacón Huertas
Ilustradora: Carmen Ramos

www.weeblebooks.com
info@weeblebooks.com

Madrid, España, 2022

Disclaimer:

A efectos de transparencia, le informamos que GSK ha colaborado en la financiación de la presente publicación. Su contenido refleja las opiniones, criterios, conclusiones y/o hallazgos propios de los autores, los cuales pueden no coincidir necesariamente con las de GSK.

Información general. Para más información, consulte a su médico.

Código: NP-ES-AOU-PINS-220054(v2) 09/2022

Para todas las personas que deben enfrentarse a un camino inesperado, un camino con sombras y luces.

En este nuevo cuento, te invitamos a conocer a Dani, Marcos y su familia. Juntos podréis compartir su historia y conocer sus miedos, frustraciones y angustias, pero donde también hay lugar para la alegría, los sueños y la ilusión.

La propia vida es un viaje sorpresa, con sus subidas y bajadas, pero siempre con una senda a la esperanza.

¿Preparados?

El número de cánceres diagnosticados en España en el año 2022 se estima que alcanzará los 280.100 casos y que en 2040, la incidencia aumente a 341.000 casos.(1) Los cánceres más frecuentemente diagnosticados en mujeres en España en 2022 serán los de mama, los de colon y recto y los cánceres ginecológicos (1). En España, el cáncer ginecológico es el tercer cáncer más común entre mujeres (1,2). Entre los tumores ginecológicos, el cáncer de endometrio es el más frecuente seguido del cáncer de ovario y del cáncer de cuello uterino o cérvix (1).

Más allá de los datos, debemos saber que un diagnóstico de cáncer no tiene por qué ser sinónimo de muerte. En nuestra sociedad, cada vez se consigue la curación de una mayor proporción de casos de cáncer y en un número importante de casos, sus síntomas pueden ser controlados de forma adecuada. Cada vez se persigue una mayor dedicación a la investigación en este campo, siempre intentando conseguir la curación para distintos tipos de cáncer o buscando la mejora de la calidad de vida de las personas que lo padecen. (3)

Área de Relaciones con Pacientes de GSK España

Referencias:

1. Las cifras del cáncer en España, 2022 [Internet]. Sociedad Española de Oncología Médica (SEOM). Publicado el 1 de febrero de 2022 [Último acceso: julio 2022]. Disponible en: https://seom.org/images/LAS_CIFRAS_DEL_CANCER_EN_ESPANA_2022.pdf.
2. European Cancer Information System (ECIS). Estimates of cancer and mortality in 2020, for all cancer sites [Internet]. 2020. [Último acceso: julio 2022]. Disponible en: https://gco.iarc.fr/today/online-analysis-table?v=2020&mode=cancer&mode_population=continents&population=900&populations=724&key=asr&sex=2&cancer=39&type=0&status=5&prevalence=0&population_group=0&ages_group%5B%5D=0&ages_group%5B%5D=17&group_cancer=1&include_nmsc=0&include_nmsc_other=1#collapse-group-0-4
3. Creencias erróneas, mitos y pseudoterapias sobre el cáncer [Internet]. Asociación Española Contra el Cáncer. [último acceso: julio 2022]. Disponible en: https://www.contraelcancer.es/sites/default/files/content-file/Creencias-erroneas-cancer_0.pdf

Con el reconocimiento y/o aval social de:



Con el Apoyo Institucional de



—Mira, Dani, ¡un concurso! —exclamó Marcos—. ¿Nos apuntamos?

—¿Cómo nos vamos a apuntar? ¡Anda ya, déjate de tonterías! —le contesté a mi hermano intentando quitarle la idea de la cabeza.

—¡Que sí, mira, lee! —insistió mientras leía en voz alta el anuncio del instituto.

I CONCURSO DE RELATOS JUVENILES

**Crea tu relato sobre
UN VIAJE SORPRESA**

Si tienes una historia inolvidable que contar este concurso es para ti.

Dirigido a los alumnos de 3° y 4° de la ESO

ENVÍO:

unviajesorpresa@tuinstituto.com

PLAZO ENTREGA: 4 semanas

PREMIO: El relato ganador será ilustrado por uno de los mejores dibujantes de la ciudad y será publicado en las redes sociales

—¿Ves, Dani? Parece que lo han hecho para nosotros. ¡Tenemos una historia que compartir! Con lo bien que escribes... Ya hemos acabado los exámenes, la semana que viene es Navidad, tienes tiempo de sobra. ¡Es el momento perfecto!

Lo volví a leer una vez más: «...y será publicado en las redes sociales». Me quedé con esa última frase. Empecé a imaginarme que, por una remota casualidad, nuestro relato ganara el concurso y viajara por el mundo. Esa fue la razón que me empujó a atreverme a participar.

—¡Vale, vale, pesado, para, que ya me has convencido! Pero... tú estás pensando lo mismo que yo, ¿verdad? —dije pensativo.

—¡Sí, sí, claro! ...el viaje de mamá.

—Ya, pero, en realidad, no es un viaje.

—Depende de cómo lo mires, Dani. Todos los viajes tienen un principio y un final, ¿a que sí? Pues eso, el viaje de mamá empezó hace cuatro años y, si todo va bien, acabará dentro de poco.

—¡Tienes razón, Marcos! Es un viaje diferente...



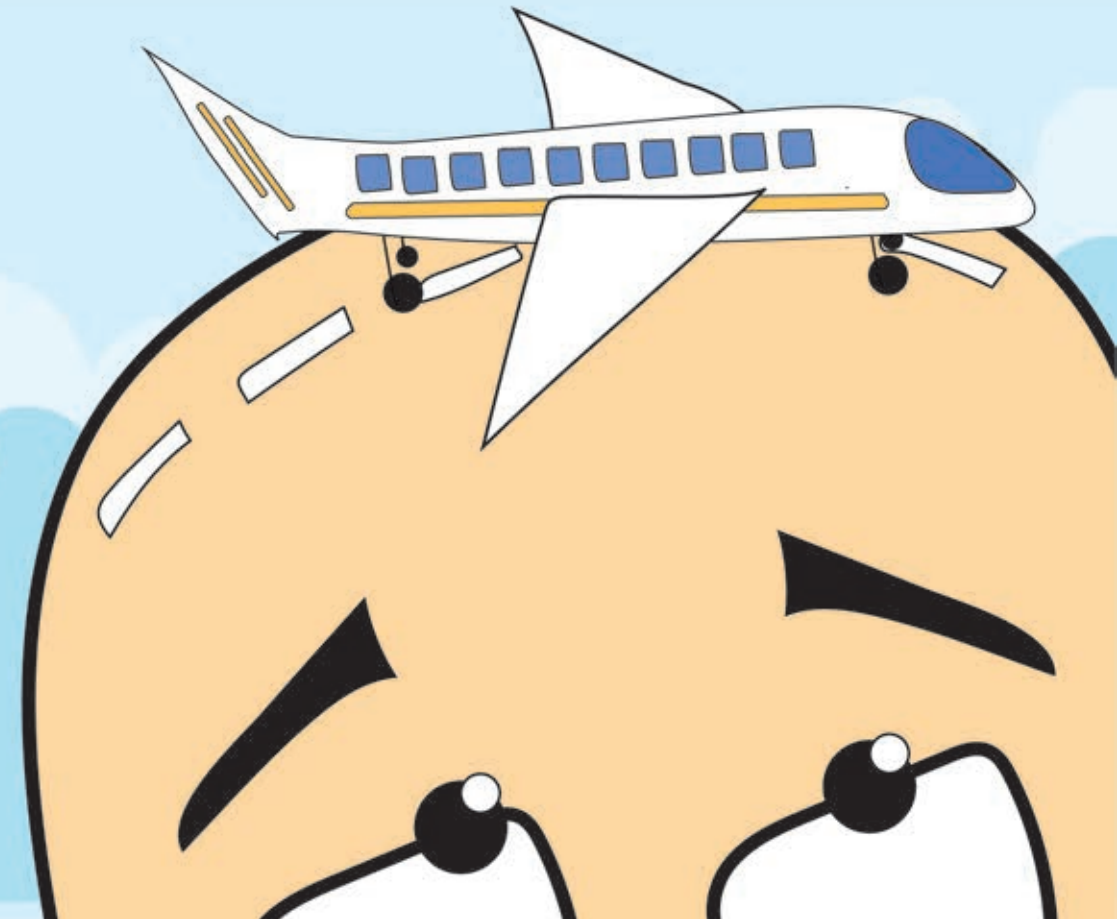
Así fue cómo mi hermano gemelo me convenció para participar en el concurso. Si no fuera porque somos idénticos físicamente, nadie diría que somos hermanos. Somos tan iguales y diferentes a la vez... Él es más atrevido y movido que yo. Además, tiene el don de la palabra, no sé cómo lo hace, pero es de esas personas que caen bien a todo el mundo. Lo que más me gusta de él es que intenta ver siempre lo positivo de lo negativo. Vamos, que Marcos es la alegría de la casa. Supongo que, por todo eso, cuando mamá empezó su viaje, yo me puse a escribir en una especie de diario que nos regalaron por nuestro cumple. Y Marcos, como cada vez buscaba una excusa u otra para no escribir, pues me regaló el suyo. ¡Ah! Tenemos una perrita, que se llama Nela. Nos la regaló el tío David cuando cumplimos siete años. El tío David es el hermano de mamá, y aparte de ser nuestro padrino, es mi tío preferido. Me ayudó mucho con lo de mamá. Marcos, sin embargo, se refugió en Nela.





El tío David vive cerca de nuestra casa. Está soltero. Le encantan los niños, por eso es tan buen profe. También le gustan mucho los aviones, siempre está leyendo sobre todo tipo de aviones. A veces, cuando éramos pequeños, nos llevaba al aeropuerto para que viéramos cómo despegaban y aterrizaban. Y nos contaba detalladamente todo lo que sabía: dónde se había fabricado ese modelo, cuánto tiempo habían tardado en hacer aquel otro, cuántos pasajeros cabían... Y al final, nos hablaba tanto, tanto que consiguió contagiarnos su pasión. ¿Sabéis qué es lo más gracioso? Pues que el tío David es calvo, es tan calvo que hasta su cabeza parece una pista de aterrizaje, ja, ja. Jamás he visto ni un solo pelo en su cabezota. Seguro que es el calvo más calvo de todos los calvos del mundo. Y no os penséis que no tiene pelo, no, lo que pasa es que le gusta afeitárselo. Siempre nos ha dicho que le da suerte.

Nos decía que, si tocábamos su calva, a nosotros también nos daría suerte. Así que, desde pequeñitos, mi hermano y yo pasábamos la mano por su cabeza cuando queríamos aprobar un examen, por ejemplo. A mí siempre me funcionaba, pero a mi hermano no tanto, porque, a veces, suspendía. Y mi hermano creía que era porque no la había pasado bien.



Recuerdo el día que le pregunté por qué se afeitaba así la cabeza. Yo tendría unos nueve años. Entonces, él me subió a su regazo, como siempre que me iba a decir algo importante, y me explicó:

—Ya sabes, Dani, que siempre te he dicho que las cabezas calvas dan suerte, ¿verdad? Pues, bueno, esa es y no es la razón de afeitarme la cabeza...

—¿Cómo? No te entiendo, tío.

—A ver cómo te lo explico, pequeño —dijo mientras buscaba las mejores palabras para hacerlo—. Conoces a mi amigo José, ¿verdad?

—Sí, ¿ese de la melena?

—Sí, sí, ese. Bueno, pues esa melena que tú dices la tiene ahora, porque hubo un tiempo en que estuvo calvo, y lo pasó mal, muy mal.

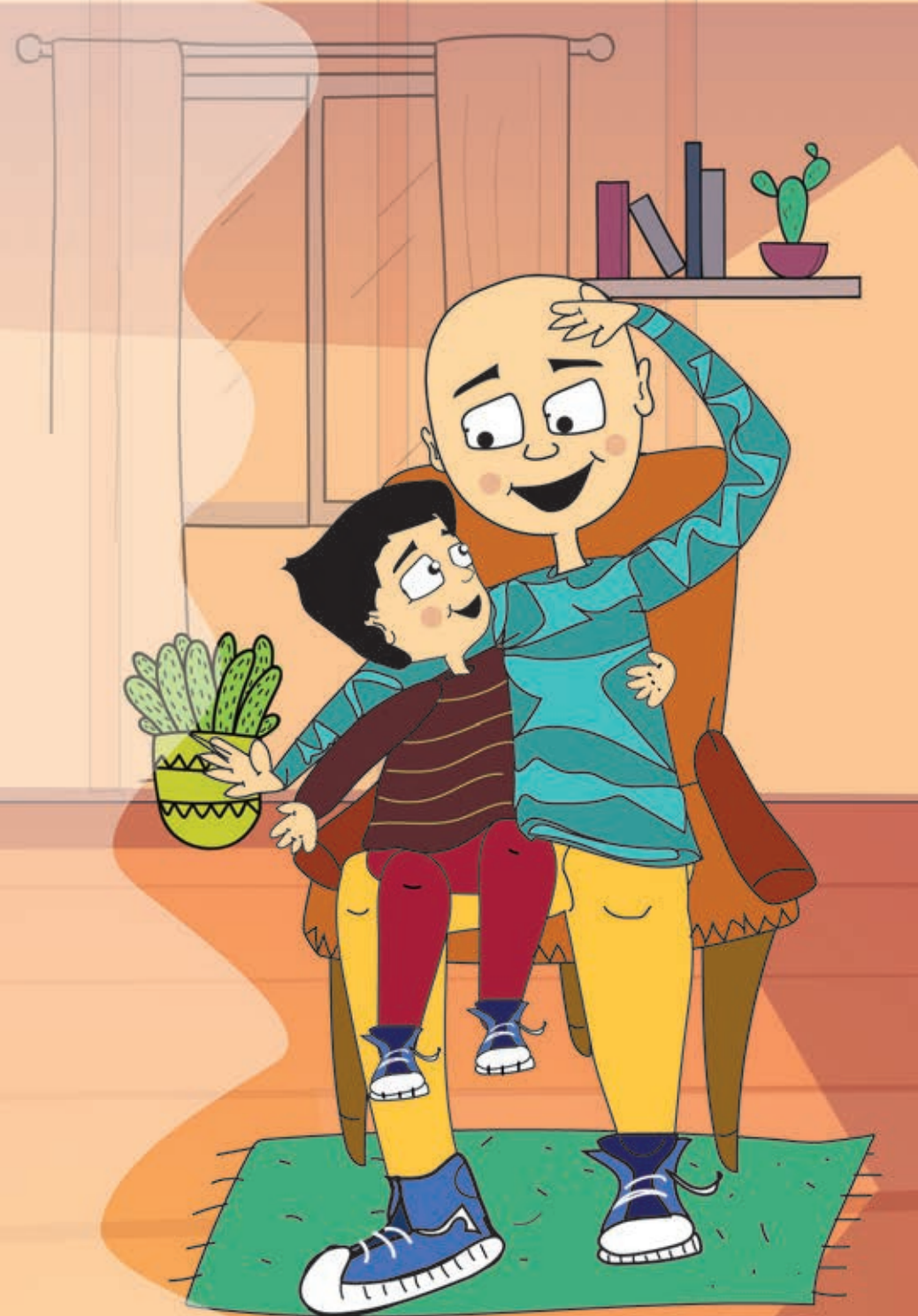
—¿Es que tuvo cáncer, tío?

—Pero, bueno, Dani, yo aquí pensando cómo explicártelo y tú vas y me lo sueltas así, sin más.

—Es que ayer, en el recreo, estuvimos hablando del cáncer con mis amigos. Isabel nos dijo que su abuelo tenía cáncer de pos... de pos... ¿data? O algo así.

—¡Je, je, je! —Se rio mi tío—. Cáncer de próstata, Dani, de próstata —me corrigió.

—¡Ah, vale! Es que como empezó a decirnos que, con la medicina que le iban a poner, se le iba a caer el pelo, pues... no escuché bien el nombre.



—¡Claro, normal! Bueno, exactamente eso fue lo que le pasó a mi amigo José, aunque él no tuvo cáncer de próstata, sino de pulmón. Esa medicina que dices, que se llama quimioterapia, es tan fuerte que hace que se te caiga el pelo. Eso sí, luego, cuando se acaba el tratamiento, el pelo tarda un tiempo en crecer, pero lo hace con más fuerza que antes. Por eso, José presume ahora tanto de su melena.

—Ya, pero ¿qué tiene que ver eso con que tú estés calvo?

—Pues verás... ¿sabes qué pasa? Que, al igual que tú me cuentas tus cosas, mi amigo lo pasó tan mal, sobre todo al principio, que él se refugió en mí y me contaba cómo se sentía. Creo que el día que peor lo pasó fue cuando decidió ir a la peluquería a que lo raparan. «No quiero ver cómo se me cae el pelo poco a poco, David. Mañana iré a que me rapen», me dijo mi amigo.

»Entonces, yo, tratando de quitarle importancia, le sugerí: «¿Mañana? ¿Y por qué no ahora? Yo te puedo rapar, tengo aquí la maquinilla. Voy a por ella».



José me miró sorprendido. Ni siquiera le di tiempo a responderme porque me fui directo al baño y volví enseguida con la maquinilla de cortar el pelo. «¿Ves?, ¡aquí está! Yo ya estoy preparado, ¿y tú?», le pregunté. Se quedó parado, en silencio, seguí sin decir una palabra. Su mirada fija me despistó. Al final, él también me sorprendió con su rotunda y jocosa respuesta: «¡Preparado, David! Pero ¡ajo! ¡No me hagas ningún trasquilón!, ¿eh?».

»Y así fue como le rapé la cabeza a mi amigo José. Cuando acabamos, se miró en el espejo y no pudo disimular su tristeza al verse. Entonces, yo, casi sin pensarlo, volví a coger la maquinilla y, mientras se la daba, le dije: «Ten, ahora me toca a mí. ¡Yo también estoy preparado!». «Pero ¡qué dices!, ¿estás loco?», me contestó casi enfadado. «¡Venga, quiero que me rapes!», le repetí. Y mi amigo José me rapó, Dani. Y desde entonces, estoy calvo como dices tú. No te creas, no lo tenía pensado. Surgió así en ese instante. Fue como una manera de apoyarlo en ese momento tan duro para él.



¿Ves? Si te digo que mi tío David mola, es que mola de verdad de la buena. De pequeños, casi siempre nos íbamos con él al cole porque trabaja en nuestra escuela, claro. Así mamá podía irse antes a trabajar. El tío David y mamá nacieron en un pueblo pequeño, Monfuentes. Nuestra casa del pueblo está en la plaza, y la del tío, en la calle de atrás, justo al lado del parque. Ojalá todos los niños tuvieran un pueblo. A Marcos y a mí nos encanta ir. Y es que estar en el pueblo es como estar en otro mundo. Está cerca de la ciudad y lejos del ruido y de las horas del reloj. Cuando más vamos al pueblo es en primavera y en verano. Pero, a veces, cuando nieva, también nos escapamos algún finde. Y es que, en el pueblo, papá y mamá nos dejan salir solos con la bici. Siempre nos dicen que en el pueblo no hay tanto peligro como en la ciudad. Uno de mis momentos preferidos es cuando, al final del verano, vamos los cuatro en bici a coger esas enormes moras que, según mamá, solo existen en su pueblo. Yo creo que es un poco exagerada, la verdad. Y papá también lo cree. Cuando acaba el verano y nos subimos en el coche para regresar a casa, estamos tan tristes y alicaídos que mi hermano le hace la misma pregunta a papá:



—Papá, ¿podremos venir el finde que viene?

—¡Guau, guau! —ladraba Nela, como si ella también quisiera volver.

Y papá, antes de que Marcos terminara su pregunta de siempre, también le contestaba con la misma respuesta.

—¡Ya veremos, hijo, puede que sí, puede que no! ¿Quién sabe lo que pasará el fin de semana que viene? Deja que la vida te sorprenda, Marcos. Hay que vivir el día a día.

Esa es una de las frases preferidas de papá: «Hay que vivir el día a día». Creo que, de tanto oírla, al final, aprenderé algún día, ¿no? Y vaya si la vida nos sorprende; papá tenía razón. En poco tiempo, tuvimos dos sorpresas seguidas: una buena y una mala.

HAY QUE VIVIR EL DÍA A DÍA

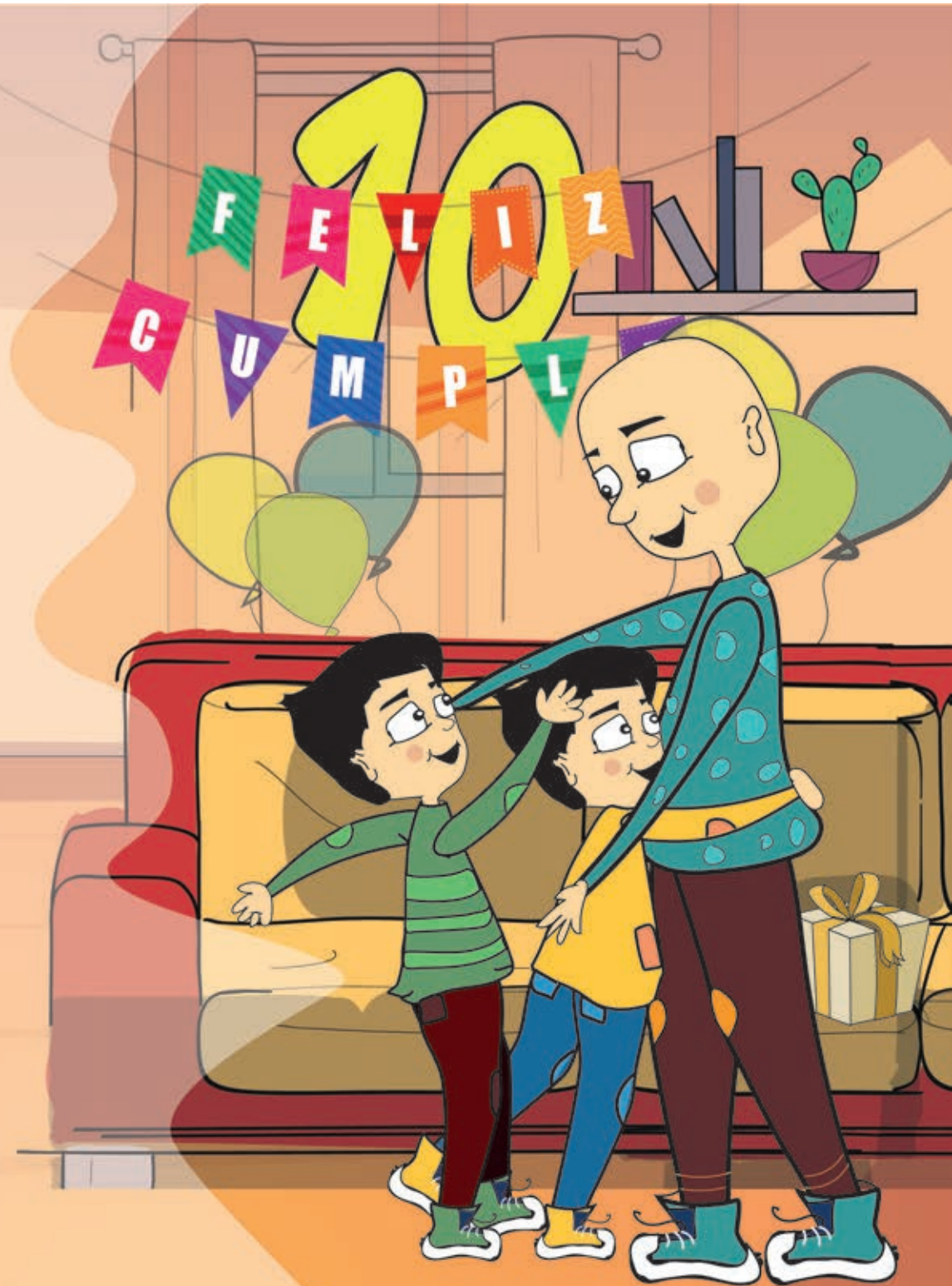


La buena llegó el día que cumplimos diez años. El tío David era casi siempre de los primeros en felicitarnos, pero ese día, como nos llevaron papá y mamá al cole, no lo vimos. Tampoco nos llamó por teléfono, qué raro. Creo que papá y mamá estaban compinchados con él, porque no le dieron importancia. Por la tarde, hicimos una merendola en casa. Vinieron nuestros amigos y también la mejor amiga de mamá, Merchi. Cuando se fueron nuestros amigos, mamá le envió un mensaje al tío para que viniera. Eso me lo contó el tío después, porque yo no me di cuenta. Al sonar el timbre, Marcos y yo fuimos corriendo a abrir.

—¡Tío, por fin, pensaba que se te había olvidado nuestro cumple! —exclamó Marcos.

Nos abalanzamos sobre él y le dimos un besazo enorme. Él nos felicitó tirándonos diez veces de las orejas.

—Pero ¡cómo se me va a olvidar, eso es imposible! Si me acuerdo antes de vuestro cumple que del mío, je, je.



El tío saludó a mamá, a papá y a Merchi, a quien también conocía y nos preguntó si le habíamos guardado un trozo de tarta.

—¡Claro, tío, este trozo tan grande es para ti! —le dije.

Marcos vino hacia mí y me susurró al oído que qué raro era que el tío no nos hubiera traído ningún regalo. Mamá nos vio y nos llamó la atención:

—¡Chicos, no habléis bajito, es de mala educación! ¿Qué pasa?

—¡Nada, mamá, lo siento! —exclamó Marcos.

—¡Deja a los chicos, mujer, no pasa nada! —nos defendió mi tío.

Mamá le insistió para que comiera algo más que la tarta, pero el tío no quiso. En cuanto acabó de comérsela, se fue hacia el perchero y sacó de su bolso dos sobres.

—Bueno, bueno, ¡ahora el regalo de mis chicos! ¡Esto es para vosotros!

—¿Un sobre? —preguntó Marcos impaciente.

—Un sobre y... lo que hay dentro del sobre.



Marcos y yo abrimos con cuidado los sobres.
En cada uno de ellos había como dos
cartulinas pequeñas...

—¡Pero qué regalo tan raro, tío!

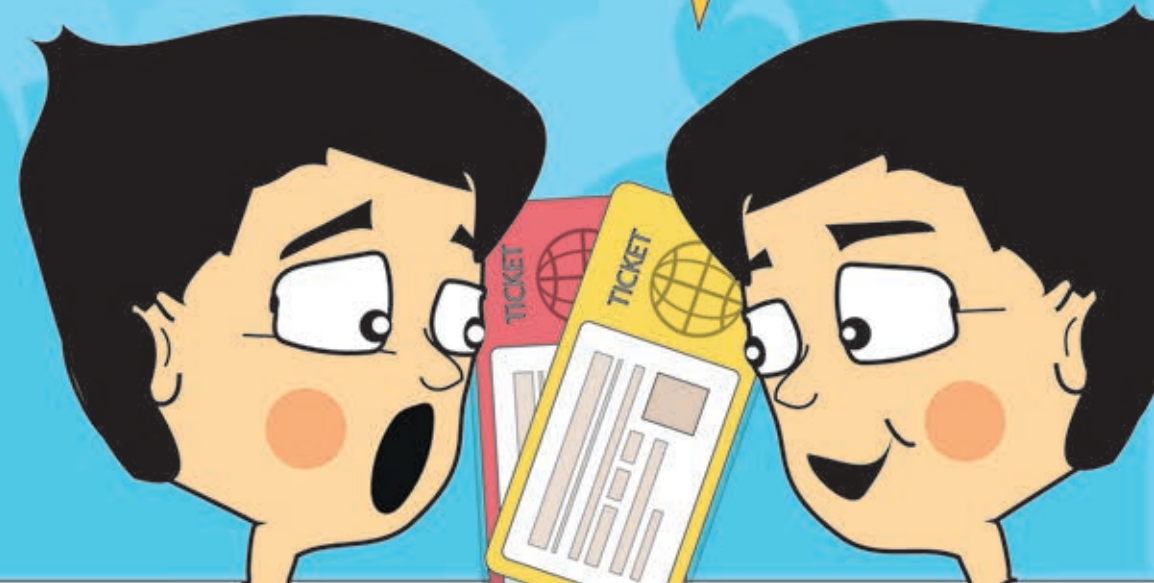
—¡Anda, leed lo que pone!

Empezamos a leerlas y... ¡no nos lo podíamos
creer!

—¡Mamá, papá, yujuuu, son billetes de avión!

—¡Graciassss, tío, eres el mejor! —le dije loco
de contento.

Mamá y papá se sorprendieron tanto como
nosotros. Ellos tampoco lo sabían. Solo
faltaban tres semanas para el viaje. Entonces,
mamá cogió los billetes y se los enseñó a
papá, señalando la fecha.



—¿Qué pasa, hermana? —preguntó el tío.

—No, nada, solo estaba mirando la fecha, pensaba que coincidía con el día que tengo que ir al médico, pero no. ¡Menudo regalazo, hermanito!

—¿Al médico?, ¿te pasa algo? —le preguntó preocupado.

Vi cómo mamá miraba a papá, y cómo papá asintió con la cabeza. Entonces, mamá respondió:

—Tengo un pequeño bulto en el pecho, seguro que no es nada, pero, por precaución, mi médico me ha enviado al especialista.

—Tenemos cita la semana que viene. ¡Así nos quedaremos todos más tranquilos! —sentenció papá—. Y vosotros, chicos, ¿no tenéis deberes para mañana? Despedíos de Merchi y del tío y preparad los deberes de mañana, anda.

—¡Vale, papá!

Nos fuimos a nuestro cuarto superfelices. ¡Íbamos a viajar en avión por primera vez! Mi hermano y yo estábamos tan emocionados que casi nos olvidamos de lo de mamá. Ese día fue la primera vez que la oímos decir que tenía un bulto. Y aunque los dos sabíamos que había bultos buenos y malos, el ingenuo de mi hermano trató de convencerme de que el de mamá seguro que sería bueno porque estaba convencido de que la calva del tío, que es nuestro amuleto de la suerte, siempre nos protegía.



Al día siguiente, en el cole, le contamos a nuestros amigos lo del viaje. Mi amigo Paco me dijo que tampoco era para tanto, que él ya había viajado dos veces en avión, y que era un poco exagerado. Me recordó a lo de mamá con las moras del pueblo. Y Valeria, la mejor amiga de Marcos, le comentó a mi hermano que viajar en barco era mucho más emocionante que ir en avión. Parecía que no se alegraban.

Cuando llegamos a casa, se lo contamos a mamá y ella le restó importancia.

—¡No os preocupéis, chicos, es normal! Ellos ya han viajado en avión y, además, no tienen la suerte de tener un tío como el tío David, que les cuente todo lo que vosotros sabéis sobre los aviones.

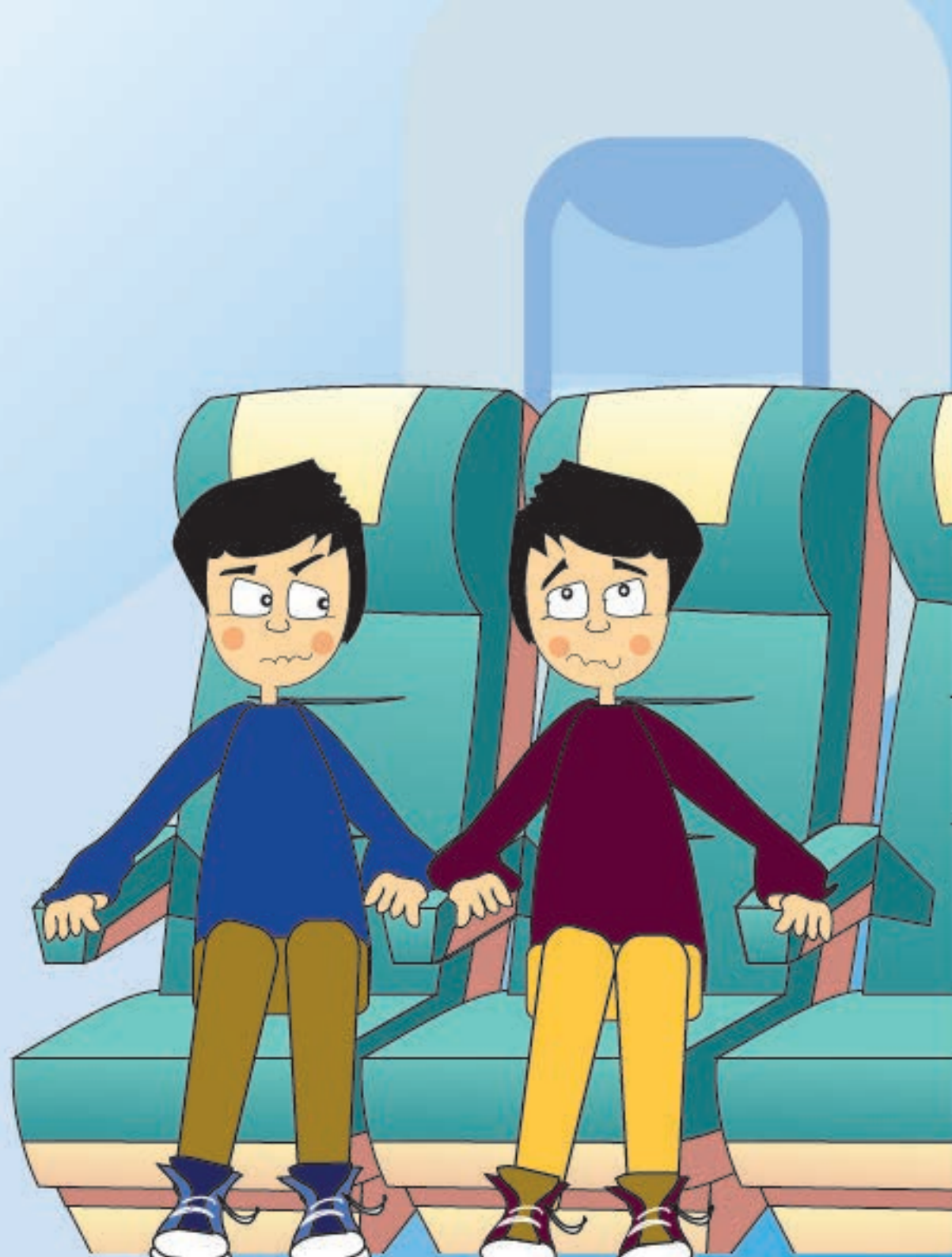
—¡Es verdad, mamá! —respondí.

—Papá y yo también estamos muy ilusionados con este viaje. ¡Ya veréis, va a ser maravilloso!

—¿Y si nos mareamos en el avión, mamá? —le pregunté un poco angustiado.

—Con lo que os gusta tiraros por las tirolinas, ¿cómo os vais a marear? ¡No creo!

—¡Eres la mejor madre del mundo! —exclamó mi hermano.



Y es que es verdad, mamá es la mejor. Cuando papá viene, a veces, enfadado del trabajo, se lo cuenta a mamá y, enseguida, consigue tranquilizarlo. Y cuando a mi hermano o a mí nos pasa algo, ni siquiera hace falta que se lo digamos porque ella ya lo intuye. Es como si se pusiera unas gafas de mirar por dentro o algo así, creo que tiene un superpoder.

A mamá siempre le ha gustado cuidarse. Trata de hacer deporte dos o tres veces a la semana. Hace unos años, decidió empezar a correr. Y cuando consiguió correr cinco kilómetros, convenció a su amiga del alma para que se fuera a correr con ella. Ahora, las dos corren ¡doce kilómetros! Así es mi madre; yo le digo que es la reina del poco a poco. Su frase estrella es que «todo ocurre por algo y que lo verdaderamente importante en la vida pasa siempre poco a poco».

Desde el día de nuestro cumple, mamá no nos volvió a decir nada más de su bulto. Ni tampoco fue a correr, ¡qué extraño!

—¡Mamá! ¿No has quedado a correr con Merchi esta tarde?

—No, Dani, no. No me encuentro bien, estoy un poco cansada. Será del trabajo. A ver si la semana que viene estoy mejor, ya se me pasará.



Mamá intentó disimular, pero no se le daba muy bien. Yo sabía que, si mamá no hacía deporte, era porque estaba mal de verdad. Le comenté a Marcos que estaba un poco preocupado por lo de mamá.

—¿Y si mamá está mal por lo del bulto, Marcos?

—¡Que no, Dani, ni lo pienses, ya verás cómo no! Es que mamá no para, por eso está tan cansada. Quedan tres días para el médico, ¿no?

—Sí, el viernes por la mañana.

Durante esos tres días en casa no hablábamos de otra cosa que no fuera el viaje: que si el tiempo que iba a hacer, la ropa que íbamos a llevar, los lugares que visitaríamos y, lo mejor de todo, papá no paraba de enseñarnos las fotos que había en internet del parque de atracciones al que iríamos ¡Qué chulada! Esa semana se nos hizo eteeterna, parecía que el tiempo no pasaba... hasta que, por fin, llegó el día en que mamá volvió de su cita con el especialista, el oncólogo. Y entonces, nos dio la segunda sorpresa, la mala...



Lo recuerdo como si fuera ayer. Ese viernes, mi hermano y yo no volvíamos a casa tan contentos como de costumbre. Nos encontrábamos nerviosos, claro. Cuando estábamos a punto de llegar al portal, el tío recibió un mensaje de mamá diciéndole que subiera con nosotros. Papá estaba esperándonos con la puerta abierta.

—¿Qué tal mis chicos?, ¿cómo ha ido el cole?

—¡Hola, David! ¡Hola, papá! ¿Y mamá?, ¿qué os ha dicho el médico? —le preguntó mi hermano acelerado.

—¡Venid, vamos! Ahora os contamos, tenemos que hablar.

No me gustan nada esas tres palabras. Cuando alguien dice «tenemos que hablar», quiere decir que lo que va a contar es algo malo, ¿a que sí? En las pelis también pasa. Nos fuimos directos al salón sin decir ni una palabra. Mamá estaba sentada en su sitio. Le dimos un beso, y mi hermano y yo nos sentamos uno a cada lado. Papá, en el sofá de enfrente, y el tío, en el otro. Entonces, mamá empezó a decirnos eso que no queríamos oír:



—Bueno, ya sabéis que estas últimas semanas no me encontraba muy bien. Quería pensar que solo era cansancio acumulado, pero no. El oncólogo me ha confirmado que ese bultito que tengo en el pecho es un tumor maligno, así que he de empezar el tratamiento ya.

—Dentro de lo malo —prosiguió mi padre—, lo hemos cogido en su fase inicial, y eso es una buena noticia.

Nela, que estaba recostada a los pies de papá, gimoteó un poco, como si estuviera triste. Marcos se enfadó por lo que había dicho papá.

—¡Eso no es una buena noticia! ¡Tener cáncer no es una buena noticia! —exclamó.

—¡Mi hermano tiene razón, que mamá tenga cáncer no es una buena noticia, papá! —dije, aguantándome las ganas de llorar.

—¡Claro que no! Me refiero a que es muy importante que lo hayamos detectado a tiempo —argumentó papá.

—Así es, chicos. Tranquilizaos —lo defendió mamá—. Ya sabéis que el cáncer es una de las enfermedades más extendidas y, aunque hay bastantes tipos de cáncer, la ciencia ha avanzado tanto hoy en día que muchos de ellos se curan. Lo que papá quiere decir es que, si no me hubiera salido este bultito, igual no me lo habrían detectado hasta que hubiera estado más avanzado. ¿Veis como es una buena noticia?



Una vez más, mamá casi nos convenció. Aunque mi hermano y yo seguíamos un poco aturdidos, sin saber qué decir. Entonces, mamá prosiguió:

—Papá y yo hemos preferido contároslo desde el primer momento porque nuestra vida va a cambiar un poco. Lo siento, chicos, lo que más me duele es que vamos a tener que retrasar nuestro viaje. David, ¿crees que podrás cambiar los billetes?

—Seguro que sí, mañana mismo me paso por la agencia, a ver qué me dicen.

—Mamá, no te preocupes por el viaje, ya iremos cuando estés buena, ¿a que sí, Marcos?

—¡Claro! Ahora nos ha tocado otro viaje: un viaje sorpresa, mamá. Y nosotros te acompañaremos. ¡Este viaje también lo haremos juntos! —exclamó mi hermano.

—¡Lo sé, mi niño, sois los mejores! Aunque me temo que tendremos algunas curvas...

¡Qué orgulloso estoy de mi hermano, qué palabras más bonitas! Mamá se emocionó y se le escaparon algunas lágrimas. Entonces, la abrazamos fuertemente. Nela se acercó para que la acariciáramos.



—¡Guau, guau, guau! —ladró moviendo su colita.

—Venga, vale ya de sentimentalismos. ¿Sacáis a Nela a pasear un ratito, chicos?

—dijo mamá secándose las lágrimas—. No ha salido desde esta mañana. Ya seguiremos hablando el fin de semana, ¿vale?

El tío se quedó un rato más con mamá mientras papá, Marcos y yo nos fuimos a sacar a Nela.

—David, la semana que viene empiezo ya la quimio. Me gustaría que me ayudases a cortarme el pelo. ¿Cuándo tienes un hueco? Prefiero que me rapes antes de que se me caiga. He pensado comprarme una peluca. Este fin de semana, les contaremos a los chicos lo que nos ha dicho el oncólogo, en qué consiste el tratamiento... No quería agobiarlos el primer día. Ya sabes, hermano, mejor asumirlo...

—Poco a poco, hermanita, claro que sí. Los chicos ya son mayores y responsables. Lo llevarán bien, ya verás.

—Sí, eso espero. Aun así, es una situación difícil para todos.

—Tú eres fuerte, ahora solo tienes que ocuparte de ti y de hacer todo lo que te diga el médico. Y procurar estar lo más relajada posible. Si queréis, algún fin de semana me puedo llevar a los chicos al pueblo. Les vendrá bien.

—Bueno, ya veremos. Sí, es una buena idea, David. Gracias por todo, eres un sol.



Al día siguiente, mientras mi hermano y yo nos fuimos a hacer la compra con papá; mamá se quedó en casa. Ayudamos a papá a colocarla y, luego, papá le preparó un café bien caliente a mamá. Entonces, nos sentamos con ella y seguimos hablando del tema. Nela estaba profundamente dormida.

—Pero, chicos, ¡no me miréis con esa cara, que estoy bien! La semana que viene empiezo ya la quimioterapia.

—¿Ya?, ¿tan pronto? —le pregunté angustiado.

—Sí, Dani, cuanto antes, mejor. Ya sabéis que la quimio es uno de los medicamentos para tratar el cáncer.

—Al abuelo de Isabel solo le dieron radioterapia, mamá.

—¿Y tú como sabes eso, hijo?

—Me lo contó Isabel un día en el recreo. Y el tío también me contó lo del cáncer de pulmón de su amigo José...

—Normal, el cáncer es más común de lo que pensamos. Poca gente habrá que no conozca a alguien con cáncer. Lo que pasa es que aún hay familias que prefieren ocultarlo a sus hijos cuando son pequeños. Mamá y yo pensamos que lo mejor para todos es hablar de ello. Si queréis preguntarnos algo... —intervino papá.



Entonces, a mi hermano le faltó tiempo para preguntar la única pregunta que no tenía respuesta:

—Y con la quimioterapia que te van a poner, ¿te curarás, mamá?

—Bueno, la quimioterapia es la medicina que va a tratar mi cáncer, sí. Y va a ayudar a que mi cáncer desaparezca. Aunque la verdad es que es tan fuerte que me va a debilitar un poco mi organismo. ¿Y sabéis por qué?

—No, ¿por qué? —preguntamos los dos a la vez.

—Pues porque la quimio de cada paciente, además de matar las células malas, también mata las buenas. Entonces, eso hace que disminuyan las defensas y, por lo tanto, el cuerpo se debilita. La quimio, además de ayudar a que el cáncer desaparezca, también sirve para aliviar los síntomas de la enfermedad, disminuir el riesgo de que vuelva a aparecer y ayudar a las personas.

Escuché con atención todo lo que nos estaba explicando mamá. Creo que mi hermano no porque estaba deseando soltar su siguiente pregunta.



—Y... entonces, se te va a caer el pelo, ¿verdad?

—dijo.

—Sí pero no, Marcos.

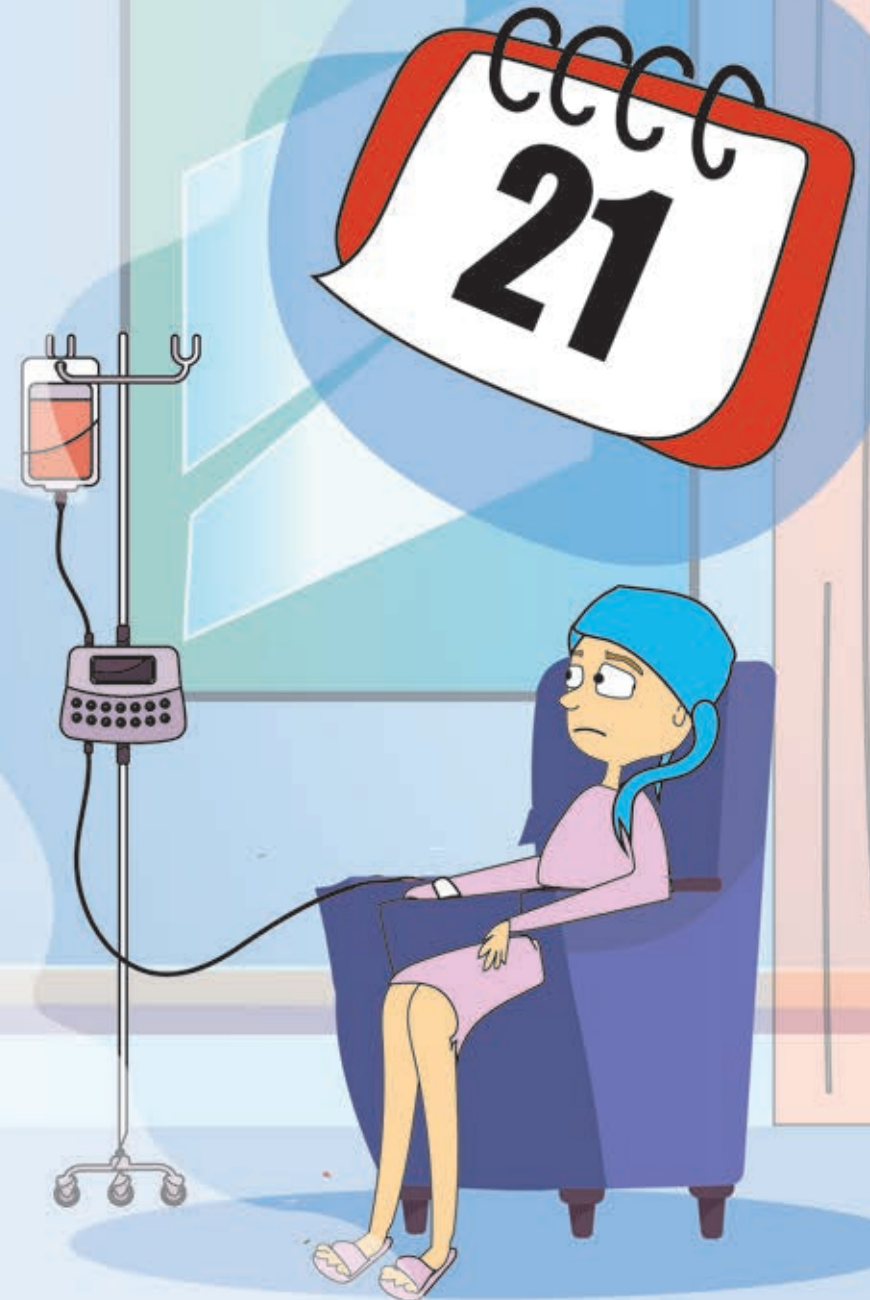
—¿Ehhh?

—Me imagino que sí, claro. Me refiero a que ya he quedado con el tío en que el viernes por la tarde me lo rapará. ¿Lo ayudaréis? Si queréis, me lo cortáis vosotros un poquito, primero, y, luego, él me dejará la cabeza como Caillou, je, je, je. ¡Ah! Y me compraré una peluca aunque solo me la ponga para salir a la calle.

—Igual es mejor que te quedes en casa, mamá
—opiné.

—A ver cómo me sienta la quimio, Dani. En principio, mi idea es hacer vida lo más normal posible. Me imagino que los primeros días estaré un poco pachucha, pero trataré de seguir mi marcha. Y si no puedo correr, pues caminaré. Lo importante es seguir... y con los cuidadores que tengo, ¡menuda suerte la mía!

Mamá era increíble, casi nos anima ella a nosotros. Y volvió a hacerlo: consiguió hacer de un momento difícil un momento especial. Nos contó que le iban a dar ciclos de quimioterapia.



Desde ese día, mi hermano estuvo raro, no parecía el mismo. Era como si estuviese enfadado con el mundo. Apenas hablaba, y siempre buscaba una excusa para encerrarse en su habitación. Entonces, yo, sin que se diera cuenta, abría la puerta con cuidado para que entrara Nela. Y con ella sí que hablaba, sí, lo oía susurrar todo lo que no se atrevía a contarnos a nosotros.

El viernes por la tarde, volvimos a casa con el tío. Era la tarde que había quedado con mamá para cortarle el pelo. Marcos se encerró directamente en su habitación, aunque esta vez fue él quien dejó la puerta entreabierta. Mamá intentó convencerlo para que saliera con el pretexto de que quería hacer una selfie. No lo consiguió. Papá y el tío prepararon todo en el salón. Yo disimulaba, como si estuviera bien, pero la verdad es que no lo estaba. Y empezamos a cortarle el pelo a mamá. Primero, papá y, luego, yo. ¡Qué mal lo hicimos! Menudos trasquilones...

—Pero, chicos, ¿¡qué me estáis haciendo!?! Dani, ya te digo yo que como peluquero no te ganas la vida, ¡je, je, je!



Mamá volvió a llamar a Marcos. Se oyó la puerta, como si fuera a salir, pero no, falsa alarma. Marcos no salió. Quería, pero no podía.

—¡Ahora me toca a mí! —dijo el tío—. ¿Preparada para que te pase el cortacésped?
—¡Preparada! —exclamó mamá.

Y el tío empezó. No le costó ni cinco minutos dejarle a mamá la cabeza como la suya. Entonces, me vino a la cabeza el día que el tío me contó la historia de su amigo José y él. Y sin pensarlo, exclamé:



—¡Yo también quiero, tío! ¡Rápame como a mamá, porfi! Mamá y papá se miraron pasmados.

—¡De ninguna manera, Dani! Ni se te ocurra, no tienes por qué hacerlo.

—¡Que sí, mamá, que quiero raparme, así, luego, el pelo me crecerá más fuerte! —exclamé mirando al tío, como si esa fuera la verdadera razón.

Entonces, el tío me miró emocionado y orgulloso. Era el único que sabía la verdadera razón por la que lo hacía. De repente, Nela apareció en el salón. Y tras ella, oímos unos pasos de alguien que se acercaba... ¡Era Marcos! —¡Y yo también! Luego, a mí, tío. ¡Quiero que me rapes como a mamá! —exclamó mi hermano con los ojos brillantes.

Mamá se puso muy contenta de ver a Marcos. En ese momento, por fin, los cinco nos hicimos la selfie que mamá tanto quería. Bueno, los cinco no, los seis, porque Nela también salió. Nos costó convencer a papá y a mamá para que el tío nos rapara, pero, al final, lo conseguimos.



Por fin, desde ese momento, a mi hermano se le pasó su enfado con el mundo. Dejó de hablar solo con Nela y volvió a ser nuestro Marcos de siempre: la alegría de la casa.

Ese finde, mamá se compró su peluca. Tal y como le comentó el médico, al principio de la quimio lo pasaba regular, tenía bastantes náuseas. Pero, luego, si no fuera por lo del pelo, hacía vida normal. Cuando mamá nos dijo que tenía cáncer, yo no entendí bien lo de las curvas. Ahora sé que se refería con lo de la quimio.

Mamá iba al oncólogo una vez cada tres semanas. El día anterior a su cita, siempre tenía que sacarse sangre. A mamá le encantaba contarnos lo amables que eran todos en el hospital de día, que era donde le ponían el gotero con la quimio.



—¡Vaya enfermera maja que me ha tocado, chicos! Eli me explicó desde el primer día todos los efectos secundarios que podría tener con la quimio. Otro día que no estaba ella, fue Elena la que me recomendó que siguiera haciendo ejercicio moderado, que viniera al hospital relajada... Y mi oncólogo ya ni os cuento. Son maravillosos. ¿Y sabéis cuál es mi pensamiento preferido para relajarme antes de la quimio?

—No, mamá —dijo mi hermano intrigado.

—Pues pienso en... ¡nuestro viaje! Nos imagino en el aeropuerto, subiendo al avión, disfrutando en el parque de atracciones... Y me hace tan feliz pensarlo que a veces hasta creo que es real.

—¡Lo será, mamá, ya falta menos! ¡Vas por la última sesión de quimio! En cuanto te pongas fuerte, nos iremos.



Dos meses después de acabar con la quimio, comenzó a crecerle el pelo a mamá. ¡Qué guapa estaba! Ahora le salía más rizado que antes. Fue cogiendo fuerzas poco a poco. Y como todo parecía ir bien, ya solo iba al oncólogo una vez cada tres meses. Entonces, volvimos a ir al pueblo siempre que podíamos. ¡Cómo lo habíamos echado de menos! Desde que a mamá le diagnosticaron el cáncer solo habíamos ido tres veces con el tío, a dar una vuelta, como dicen ellos.

Y llegó el día en que Marcos y yo cumplíamos doce años. Esta vez sí que se compincharon los tres para nuestro regalo.

—¡Vamos, chicos! ¿No queréis abrir el regalo o qué? Pero ¿dónde estáis?

—¡Ya vamos! —gritó Marcos desde su habitación.

—¿Qué es esto? ¡Qué cajas más grandes!

—Pero ¿qué nos habéis comprado? —preguntó mi hermano aturdido.

—¡Je, je, je, no os fieis de las apariencias! —dijo mi tío sonriendo.



Mi hermano y yo empezamos a desenvolver las dos enormes cajas. Y al quitar el papel de la primera, había una segunda, también envuelta. Y luego, otra. Y otra más. Así hasta que nos quedamos con una caja diminuta en la que dentro había... ¡un sobre!

—¡Cómo nos habéis engañado! —dijo mi hermano.

—¡Ni se me había ocurrido! Lo de las cajas ha sido idea tuya, ¿a que sí, tío?

—¡Cómo me conoces Dani, je, je!

—¡Ahora sí que nos vamos! —exclamó mamá. Este viaje ha sido mi fuerza, mi ilusión... Ahora es el momento, ¿a que sí, cariño? —dijo mamá guiñándole el ojo a papá.

—Por supuesto, hay que vivir...

—No empieces otra vez, papá, no, por favor —se quejó mi hermano, impidiendo que papá acabara su frase preferida.

Marcos y yo sacamos emocionados los cuatro billetes de avión de los sobres.

—Nos vamos dentro de tres semanas. El tío se quedará con Nela —dijo mamá.

—¡Guau, guau!



Y por fin, dos años después de lo previsto, cumplimos nuestro sueño: ese viaje en avión que tanto habíamos deseado. ¡Y claro que fue maravilloso! Fue, realmente, inolvidable solo por el hecho de que nos fuimos los cuatro juntos, sanos y salvos.

Y es que, como bien dice papá, hay que vivir el día a día porque ¿quién sabe lo que pasará el fin de semana que viene?



Puedes descargar este libro gratuitamente en

www.pacientes.gsk.es



Con el patrocinio de:

